

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

La buena conciencia.

Trabajosa milicia es la vida del hombre sobre la tierra, tentacion continua, batalla incesante, dolor que nunca remite, lamento que nunca acaba. Mar tempestuoso es el mundo en que vivimos, juguete es el hombre del furor de sus olas, y cuantos ¡ay! perecen en esta peligrosa travesía. ¿A qué ponderar los males de la vida presente con palabras y descripciones que siempre serán pálidas ante la triste realidad? Demasiado sabemos por experiencia propia y agena que todo hombre vive poco tiempo, cercado de muchas miserias, y combatido sin cesar por toda suerte de calamidades. Lo que nos importa sobremanera, es conocer el arte sublime de luchar con frente serena, y lograr victoria completa

en este campo de batalla que es el mundo contra todos nuestros enemigos. Lo que en alto grado nos interesa es sobreponernos á los reveses de la fortuna, levantar el corazon sobre las adversidades y contratiempos de la vida, y convertir los males presentes en bienes futuros, por medio de la buena conciencia, que nos hace impávidos en medio de las borrascas, intrépidos en los peligros, fuertes en la tribulacion, alegres en la adversidad, dichosos en medio de los dolores y privaciones. *La buena conciencia*, hé aquí el divino talisman que obra esas maravillas. Veámoslo.

Los antiguos filósofos que solo conocian los principios de la ley natural, y no tenian otra luz que la de la razon, discutieron largamente el problema de la felicidad

humana, y en vez de hacer brotar la luz de aquellas prolijas y ruidosas discusiones, no hicieron otra cosa que oscurecer el problema con sus diversos pareceres sin que aquellos ilustres representantes de la razón humana pudiesen encontrar la solución del enigma. Nos han dejado muchos sistemas, pero ninguna solución que determine con claridad nuestro destino, que nos muestre el objeto adecuado de nuestra dicha, y nos ofrezca los medios seguros, eficaces y oportunos para que los hombres de toda edad, de toda clase y condición social podamos tener asiento en el festín de la vida.

Nada más elocuente para demostrar la impotencia de la razón humana, y la insuficiencia de la filosofía natural en este gravísimo asunto de la felicidad que la divergencia de opiniones entre los filósofos antiguos y modernos, pues si escuchamos la voz de los principales oráculos de la moral humana, sabremos que la felicidad está en los honores, ó en las riquezas, ó en los placeres carnales, ó en la estéril contemplación de las esencias, siendo de notar que todos los sistemas se encaminan á contentar alguna de las bajas pasiones del hombre, y ninguno á saciar el ham-

bre de felicidad que padece nuestra alma, mas grande que todos los bienes criados.

Concretando el asunto á la vida presente, ¿quién duda que la dicha temporal no está en los honores, ni en las riquezas, ni en los goces materiales, ni en los conocimientos científicos, ni en ninguno de los bienes externos de la vida presente? Pues entonces, ¿dónde encontraremos la verdadera fuente de esta dicha, tan suspirada, en pós de la cual tan afanosos corremos? San Ambrosio, ilustre maestro de la moral cristiana nos da resuelto el enigma con estas palabras dignas de su genio: *Vitam beatam efficiunt tranquillitas conscientie et securitas innocentie* (1). La tranquilidad de conciencia, fruto sabroso y delicado del bien obrar, hé aquí el rico é inagotable manantial de la verdadera felicidad. Dentro de nosotros está el reino de la dicha, en la paz de la conciencia, en el culto interior de la virtud en la ordenada subordinación de nuestros apetitos y deseos, de nuestros pensamientos y aspiraciones. Es una insensatez, que solo produce amargas decepciones, salir de nosotros mismos para buscar en el mundo exte-

(1) Lib. 2.º de Offic. cap. 2.

rior y en sus bienes engañosos el contento y la dicha. Si quieres que no te falte la alegría, decía Séneca á Lucilo, búscala y cultivala en el jardín de tu propio corazón. *Nolumquam tibi deesse lætitiã, et ideo volo illam tibi dominasci* (2). Las alegrías que vienen de fuera, se desvanecen apenas llegaron, y aunque fuesen duraderas, no podrían hacernos felices porque no penetran hasta el fondo del corazón.

Z. M.

VARIEDADES.

El padre de los pobres.

I.

(Conclusion.)

—¿Y á pesar de eso lo asesinaron?

—Sí; tenía una elocuencia conmovedora y una caridad que hasta de lo más preciso, le hacía privarse para socorrer á los desvalidos: los indios lo veneraban porque comprendían su abnegación, y catequizó un número considerable; pero un día se encontró entre algunos jivaros más feroces, los que se burlaron de su unción evangélica y de los Evangelios y le maltrataron sin piedad: sin embargo, uno de ellos le tomó bajo su protección y logró contener las hordas que deseaban asesinarlo, pero fué solo momentáneamente: por la noche penetraron en la casa de su protector, lo arrastraron hasta cerca del río y allí le quitaron la preciosa vida.

—¿Y cómo pudo recogerse su cadáver?

—Algunos misioneros, acompañados

por indios cristianos, pasaron al día siguiente de aquella noche, lo reconocieron, y cargándole en hombros, lo condujeron á la más cercana población, y de allí á Quito: tal es la historia del P. Montalvo.

—La narración es triste, y sobre todo, el desenlace; pero ha sido la muerte de un mártir.

—Y digna de su vida, porque se ha sacrificado en aras de su deber.

—¿Pertenece Vd. á la iglesia de la Compañía padre mío?

—Sí; agregado estoy á ella.

—Entonces lo elijo á Vd. por mi confesor.

—Y yo lo seré con el mayor gusto!

Y sacerdote y oficial se estrecharon las manos cordialmente, y se separaron.

II.

Miguel Gutierrez era otro jóven oficial, amigo de Olmo, pero de carácter y condiciones completamente opuestas: egoísta, cruel, pendenciero y vanidoso, tenía especial placer en hacer alarde de tales defectos y de mofarse de las sanas creencias que su amigo abrigaba.

Vivían juntos, y al verlo llegar, con sonrisa de desprecio, le preguntó:

—De dónde vienes? ¡Apostaría que como un bobalicon has estado en la iglesia!

—Cierto: asistiendo á las honras del virtuoso padre Montalvo, y si supieras la historia del misionero.....

—No me la cuentes; mejor hubiera sido que en vez de militar fueras predicador.....

—¡Ay Miguel! el militar debe tener aún más grabado el sentimiento religioso, ¿no estamos más expuestos á perder la vida en el campo del honor, sin tener tiempo de recibir los consuelos de la Religión? ¡Cuántas veces nuestra espada mata sin compasión y quita la existencia á un jóven lleno de vida privando de su apoyo á una madre anciana, á un padre enfermo, ó á desvalidos huérfanos! La guerra, ese terrible azote de la huma-

nidad, ¿co es la prueba mas grande para el hombre? ¿Acaso no es en el campo de batalla donde debe abrigarse más fé y tener mas esperanza en la divina misericordia?

—Querido, no me hacen mella tus sermones; vivo mucho mas adelantado que tú, y no me conviertes.

Ambos amigos salieron, suspendiendo la conversacion.

Pocos dias despues Olmo recibió una carta de España con orla de luto.

Su mano temblorosa rompió el sobre y ¡oh dolor! su cariñosa madre habia succumbido, victima de una aguda pulmonia.

Olmo la adoraba, y su pesar no tuvo limites.

La pérdida de los padres es irreparable; ¿qué ser puede llenar el vacío que deja una madre tierna, ó un amoroso padre?

En aquella época ambos oficiales, Olmo y Gutierrez, fueron enviados, para someter á una tribu de indios, que cometian los mayores excesos con los viajeros que á su paso encontraban; Olmo se batió con denuedo, y Gutierrez, sin cumplir su mision, intentó la retirada.

—¿A dónde vas, compañero? cumplamos con nuestro deber,—le gritó el jóven oficial.

—Caminamos á una muerte segura, Luis.

—Antes que la vida es el honor: ¿vacilas?

—Sí.

—Porque no tienes fé.

—¿Qué importa eso? para retroceder ante ese considerable número de indios?

—Sígueme y triunfaremos.

Gutierrez, aun cuando no contento, siguió á su amigo y vencieron é hicieron prisioneros á multitud de aquellos feroces indígenas.

—La fé,—dijo Olmo.—nos ha salvado la vida y la honra.

—La fuerza de nuestro brazo y el valor.

—Eres un impío; si yo no te hubiera transmitido mi decision...

—Eres un mentecato, Luis.

—¡Gutierrez!

—¡Olmo!...

—¿Me insultas?

—Nos batiremos,—dijo friamente Gutierrez.

—No: la religion rechaza el duelo.

—Eres soldado...

—Antes soy cristiano.

Los jefes intervinieron, y ambos oficiales regresaron á Quito, vigilados y reprimidos.

Olmo, ya disgustado de la vida militar, se dedicó á los estudios religiosos y un dia se presentó al Obispo.

—¿Conque deseas entrar en el gremio de la Iglesia?—preguntó el Prelado.

—Sí, señor, es cosa resuelta.

—Pero ¿y la gloria?

—¿Cual mayor que servir á mis semejantes y dedicarme á derramar la luz y las doctrinas del Salvador?

—Si es verdadera vocacion, bien venido seas entre nosotros.

III.

Han pasado catorce años: las colonias americanas, que se creian ya bastante fuertes para ser libres y con derecho á emanciparse de la madre pátria, habian enarbolado el estandarse de independencia.

En una mañana del mes de Diciembre se hallaba sentado un sacerdote á la cabecera de un moribundo.

La austera fisonomia demostraba que no era la edad la que habia surcado su rostro, ni encanecido su cabello, sino el celo en servir á sus semejantes.

El P. Olmo, pues en el sacerdote reconocieramos á Luis, se habia dedicado por completo al cuidado de los heridos, y su caridad y celo eran proverbiales.

En aquel instante empleaba toda su elocuencia en consolar al que muy pronto debia presentarse ante el divino tribunal.

Su voz era tierna, mas dulce, mas expresiva que de costumbre.

—Nuestro querido P. Olmo, decían los enfermeros,—debe conocer á ese herido, porque su rostro está bañado en lágrimas.

—Hijo mio,—decía,—esperadlo todo de su Divina Misericordia, de la inagotable bondad del Creador.

—Sí, Padre, todo lo aguardo de Él, y mas aun escuchando la voz de V.; pero he sido un impío: ayer, cuando recibí el balazo defendiendo mis banderas, y fiel á mi juramento hecho al rey, conocí que habia llegado mi última hora, sufrí de masiado.

—Descansa, ¡pobre pecador! ¡Voy á rogar por tí! La confesion te ha tranquilizado...

Media hora despues, el P. Olmo oyó un ¡ay! lastimero, tomó la mano del herido y estaba fria: le pulsó y entonces se convenció de que la vida habia huido y el alma volaba á los piés de su Hacedor.

—Dios te bendiga,—dijo el P. Luis sollozando.—Dios te perdone, ¡mi pobre y antiguo compañero! He tenido el triste consuelo de acompañarte en el postrer momento: ¡has muerto al fin como cristiano y victima de la guerra! ¡Hasta cuándo Dios mio los hombres se destruirán unos á otros y se exterminarán sin piedad!

Estas reflexiones hacia el P. Olmo ante el cadáver de su amigo Gutierrez.

Conmovido y triste le acompañó hasta la última morada, y despues continuó su vida de abnegacion, paz y caridad.

Los menesterosos le llamaron *el padre de los pobres*, y en los campos del Ecuador, se conservó por largo tiempo su recuerdo.

¡Oh religion santa: lábaro santo de nuestra redencion! ¡bálsamo y consuelo de los afligidos, pura y resplandeciente antorcha! ¡luz divina! ¡fé maravillosa y santal!

El que se acoge á tu santuario, sufre

sin lastimarse los embates de la humana tempestad, y eres un poderoso escudo, contra los peligros que nos cercan en la espinosa senda de decepciones y amarguras, tan frecuentes en la vida.

¡Bendita seas, pues, religion santa, que nos acompañas desde la cuna hasta la tumba!

BARONESA DE WILSON.

—==—

La primera Misa por Luis XVI.

I

El 21 de Enero de 1793, sobre las diez de la noche, en el momento en que entraba en su casa una anciana que venia de comprar en el barrio de San Martín una caja de hostias para la celebracion de los Divinos Misterios, un hombre que la habia seguido se quedó inmóvil, contemplando la casa que habitaba. Se apresuró á entrar sobrecogida de espanto, y se sentó precipitadamente en una silla que le presentó un anciano.

—¡Ocúltalos, ocúltalos!—dijo ella;—porque á pesar de que tenemos la suerte de salir bien, se nos conoce y se espian nuestros pasos.

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó otra anciana sentada junto al fuego.

—El hombre que ronda esta casa hace algunos dias me ha seguido esta tarde.

A estas palabras los tres que vivian en esta pobre casa se miraban unos á otros, dejando ver en sus miradas las señales del mas profundo terror. El viejo era el menos agitado, porque quizá era el que estaba mas en peligro.

Cuando se está bajo el yugo de la persecucion, el hombre de corazon comienza, digámoslo así, por hacer el sacrificio de si mismo y no considera sus dias mas que como otras tantas victorias alcanzadas contra el destino.

Los ojos de las dos mujeres clavados en el viejo dejaban fácilmente adivinar que era el único objeto de su ansiedad.

¿Por qué desconfiar de Dios, hermanas?—dice él en voz baja y entrecortada.—Si quiso salvarme de la matanza de los carmelitas, es, sin duda, porque me tiene reservado un destino que debo aceptar sin murmurar. En vosotras, y no en mí, es quien tenéis que ocuparos.

—¡Nol—dirían para sí las dos ancianas.

—Hé aquí,—dijo la que había venido de fuera, alargando la pequeña caja con hostias al anciano, que era un Sacerdote.—¡Mas, dió un grito, oigo que suben las escaleras!

A estas palabras todos tres se ponen á escuchar, y fácil fué oír, en medio del mas profundo silencio, los pasos de un hombre por la escalera. El Sacerdote se metió á duras penas en una especie de armario, y una de las ancianas, que eran dos religiosas, echó algunas ropas en él.

—Podéis cerrar, sor Agueda,—dijo él con voz ahogada.

Apenas el Sacerdote se ocultó, tres golpes en la puerta hicieron estremecer á las dos santas mujeres: se consultaban con los ojos, sin atreverse á pronunciar una palabra, y se quedaron como estátuas, no contando con otro amparo que el de Dios.

Interpretando á su manera este silencio el hombre que llamaba á la puerta, le dió un empujon y se presentó de improviso. Las dos pobres religiosas se sobrecogieron al reconocer en él al personaje que hacia cinco ó seis dias rondaba la casa y parecia como que trataba de informarse de lo que pasaba en ella. Inmóviles le contemplaban con inquieta curiosidad y llenas de estupor.

Este hombre era de mediana estatura y un poco grueso: mas nada había en su porte, en su aire, ni en su fisonomía que indicase un hombre malo. Imitó la inmovilidad de las religiosas y echaba sus miradas con lentitud sobre la habitación en que se encontraba.

Dos jergones de paja sobre dos tablas parecían servir de cama á las religiosas.

Una sola mesa había en la habitación, y en cima de ella un candelero, unos platos, tres cuchillos un pan redondo. El fuego de la chimenea era muy modesto, y una poca leña en un rincón atestiguaban la pobreza de los infelices moradores.

Una reliquia salvada, sin duda del pillaje de la Abadía de Chelles, estaba sobre el tapiz de la chimenea. Tres cajas, dos cofres y una mala cómoda completaban el mueblaje.

Una puerta falsa cerca de la chimenea, hacia conjeturar que existía otro cuarto.

El inventario de esta celda fue hecho en dos segundos por el personaje que se había introducido bajo auspicios tan siniestros en el interior de aquella casa. Un sentimiento de compasión se dibujó en su fisonomía, y tendió una mirada de benevolencia sobre las dos monjas. Parecía, por lo menos, tan embarazado como ellas, y el extraño silencio en que los tres permanecieron duró alrededor de un minuto.

Por fin, llegó á adivinar la debilidad moral y la inexperiencia de las dos pobres criaturas, y entonces les dijo con una voz dulce y tímida:

—No vengo aquí como enemigo, ciudadana....—Se contuvo, y dijo:—mis hermanas. Si os sucede alguna desgracia, creedme que no tengo parte en ella. Tengo una gracia que pedirós.

Ellas no interrumpieron su silencio.

—Si os importuno,—continuó,—si.... os molesto, decidlo con franqueza, me retiraré; mas tened entendido que yo soy todo vuestro; que si algun servicio puedo haceros, podéis emplearme en él sin el menor temor. Hablad.

Había un acento tan de verdad en estas palabras, que la hermana Agatha, que pertenecía al convento de Bethume, parecia como le indicaba que se sentase. El desconocido, comprendiéndolo, manifestó una especie de alegría mezclada de

tristeza, y esperó á que ellas se sentasen para hacerlo él.

—Vosotras, dijo,—dais asilo á un venerable sacerdote no juramentado, y que se ha librado milagrosamente de la matanza de los Carmelitas.

—Mas, señor,—dijo vivamente la otra sor María—nosotras no tenemos aquí sacerdote alguno, y...

—Convendría tener entonces mas cuidado y prevision,—replicó dulcemente él, echando una mano sobre la mesa y cogiendo un *Breviario*.—No creo que seáis latín, y...

No continuó porque la emocion extraordinaria que se retrató en las figuras de las dos pobres religiosas le hizo temer si habia ido demasiado lejos. Estaban temblando, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Chit!—dijo sencillamente sor Agueda poniéndose un dedo en los lábios.

—Ya veis, hermanas mías, que si yo hubiera concebido el horrible designio de denunciaros, habria podido llevarle á cabo mas de una vez.

Al oír el Sacerdote estas palabras, se libertó de su prision y apareció en medio de la habitacion.

—No puedo creer,—dijo al desconocido,—que seáis uno de mis perseguidores, y me fió á vos. ¿Qué queréis de mí?

La santa confianza del Sacerdote, la nobleza que habia en todas sus maneras, hubieran desarmado á los mismos asesinos. El misterioso personaje que habia venido á animar esta escena de miseria y resignacion, contempló un momento el grupo que formaban estos tres seres, y tomando un tono de confianza se dirigió al Sacerdote en estos términos:

—Padre mio, vengo á suplicaros que celebreis una misa de difuntos por el reposo de un alma... de un... de una persona cuyo cuerpo no descansará jamás en sagrado por lo que he oído decir.

El Sacerdote se quedó involuntariamente temblando; las dos religiosas, no

comprendiendo aun lo que el desconocido quiso decir, se quedaron como estaban y con la vista fija en los dos interlocutores, poseidas de curiosidad.

El eclesiástico miró de arriba á bajo al recién llegado; la mas viva ansiedad revelaba su semblante, y sus miradas erau en realidad ardientes súplicas.

—Pues bien,—respondió al fin el Sacerdote;—venid á media noche, y yo estaré preparado para celebrar el único sacrificio que podemos ofrecer en expiacion del crimen.

El infeliz se estremeció; pero una satisfaccion á la vez dulce y grave, parecia triunfar de un dolor secreto; y despues de saludar al Sacerdote y las dos santas mujeres, se salió de allí, dando á entender una especie de reconocimiento mudo, que no dejó de ser comprendido por aquellas tres almas generosas.

II.

Sobre dos horas despues de esta escena, el desconocido volvió, y despues de haber discretamente llamado á la puerta, fué introducido por Mlle. de Charost.

Esta le condujo al segundo cuarto de la modesta vivienda, donde todo estaba preparado para la celebracion del mas augusto de los misterios.

Entre los dos tubos de la chimenea, las dos religiosas habian colocado la vieja y apollada cómoda, cubriéndola con un paño de moaré verde. Un gran Crucifijo de ébano y marfil, colgado de la pared, que era de color amarillo, hacia resaltar toda la desnudez de la estancia y atraia necesariamente las miradas. Cuatro velas pequeñas, que despedían una luz mística, se habian puesto sobre este altar improvisado por las hermanas, eclipsando la de la palmaria que se apagaba, y dando un aspecto sombrío á la habitacion.

Nada menos pomposo, y, sin embargo, nada quizá mas solemne que esta lúgubre ceremonia. El profundo silencio que reinaba esparcía una especie de sombra

majestuosa sobre esta escena nocturna, y lo grandioso del acto formaba el mas extraño contraste con la pobreza que allí habia, produciendo un recogimiento religioso.

A cada lado del altar estaba una de las hermanas arrodillada en los ladrillos del suelo, sin curarse para nada de aquella humedad mortal. Oraban con el Sacerdote, que revestido ya, preparaba un cáliz de oro adornado de piedras preciosas: vaso sagrado que se puso sin duda á salvo en el pillaje de la Abadía de Chelles.

El desconocido se arrodilló piadosamente cerca de las dos religiosas. Mas como reparase que el cáliz y el Crucifijo estaban cubiertos con un crespon negro, pues no habieado nada allí á propósito para el objeto de la Misa, se habia puesto el mismo Dios de luto, súbitamente le asaltó un recuerdo tan ardoroso, que su frente se bañó toda en sudor.

Los cuatro silenciosos autores de esta escena iban á celebrar un *obit* sin el cuerpo del difunto, á interceder con Dios por el rey de Francia y á hacer su entierro sin el ataúd. Era el mas puro de todos los afectos, un acto sublime de fidelidad. Toda la monarquía acompañaba las oraciones del sacerdote, y aquellas dos pobres mujeres, y quizá la revolución estaba tambien representada por aquel hombre cuya fisonomía revelaba demasiados remordimientos, para no creer que estaba muy arrepentido.

En el momento de pronunciar las palabras latinas *introit ad aliare Dei*, el Sacerdote, por inspiración divina, miró á los tres asistentes, que eran en figura la Francia cristiana, y les dijo: «Vamos á entrar en el santuario de Dios.» A estas palabras, pronunciadas con una unción penetrante, un santo miedo se apoderó de los tres. El fervor del desconocido era verdadero; tambien el sentimiento que unia las oraciones de estos cuatro servidores de Dios y del rey era unánime. Hubo un momento en que aquel no

pudo reprimirse ya, y las lágrimas asomaron á sus ojos: fué al *Pater noster*.

El Sacerdote añadió estas palabras en latin. *Et remisse scelus regicidis, sicut Ludovicus eis remisit ipse*. Las dos religiosas vieron que dos gruesas lágrimas corrieron á lo largo de la cara del desconocido y fueron á caer al suelo. El oficio de difuntos se recitó en seguida. El *Domine salvum fac regem*, cantado en voz baja, acabó de enternecer á estos fieles realistas. Creían que el delfín por quien pedían en momento tan sublime estaba cautivo en poder de sus enemigos.

III.

Concluida la misa, el Sacerdote hizo seña á las dos religiosas para que se retirasen. A solas con el desconocido, se fué á él con un aire dulce y melancólico, y le dijo con voz paternal:

—Si habeis manchado vuestras manos con la sangre del Rey-mártir, tened confianza en mis palabras. No hay pecado que á los ojos de Dios no quede perdonado por un arrepentimiento tan intimo y tambien tan sincero como parece ser el vuestro.

A las primeras palabras pronunciadas por el eclesiástico, se notó en el desconocido un movimiento de terror involuntario; mas dominándose y mirando bien al Sacerdote, que estaba como sobresaltado, le dijo conmovido:

—Padre mio, nadie mas inocente que yo de la sangre vertida ayer.

—Debo creerlo,—contestó el Sacerdote.

H. DE BALZAC.

(Se continuará.)

